

zas que la buena Reina Matilde dibujó y bordó en su famosa Tapicería conservada en Bayeux no eran simples o fantásticas invenciones, sino representaciones ajustadas a su plena realidad.

Otro de los valores que el castillo de Tarifa encarna—y en esto es aún superado por otras fortalezas anteriores es su ajuste desde el siglo X a las reglas precisas, elaboradas o dictadas en las fuentes, diríamos técnicas, que en todos los tiempos y lugares nutrieron a la fortificación clásica y oriental, madre y maestra de todo el arte defensivo que hasta el siglo XVI había de imperar. Tarifa, obra de aquel eminente y apasionado político y constructor que fue el tercer Abderramán, refleja las viejas enseñanzas y lecciones condensadas en aquellos tratados de la Escuela de Alejandría que por la imposición de nuestras condiciones topográficas, habrían de ser aquí interpretadas con admirables invenciones, algunas de las cuales habrían luego de trascender hasta la fortificación abaluartada. Tarifa es, en pequeño, una ciudadela bizantina, tal como antes y después lo fueron Mérida, Gormaz, El Vacar, Málaga y muchas otras que luego vendrán, sistemas fortificados completos que nadie podría superar.

Finalmente, pasando por alto infinidad de otros aspectos, Tarifa, indemne en su constitución inicial desde el año 960 de su fundación, sirvió íntegramente y sin apenas variación, durante todo el período medieval y aun se superó después, resistiendo a unos cuantos asedios de la Edad Moderna, que no pudieron vencerle, y continuando hasta estos mismos días en las mismas funciones castrenses para las que fue expresamente creado. Ello dice, primero, la sabia perfección de la arquitectura militar que lo erigió, y luego, el emocionado respeto que se debe a tan venerable edificio que en sus mil años de existencia sigue permanentemente fiel a sus destinos.

\* \* \*

La presente fortaleza no es sino la continuación de otra u otras muy anteriores, de orígenes seguramente muy profundos, porque el pasado de Tarifa cimenta sus raíces en los mismos tiempos en que la historia peninsular nace, prescindiendo de que, por algunos antecedentes señalados, en los períodos prehistóricos pudo o debió ser ya aprovechada, por los eternos mandatos que al hombre impuso siempre el terreno y la geografía.

No podemos exponer aquí los seguros precedentes de la ciudad antes de la conquista romana. Carcopino, el grande y experimentado arqueólogo, tan especializado en el conocimiento de la vida antigua y clásica, expone en sus admirables estudios sobre el Periplo del Almirante cartaginés Hannon y la historia